

## Intentar ser historiador en tiempos de precariedad. Entrevista con el investigador Antonio Terrasa Lozano

*Revista Historia Autónoma*, 5 (2014), pp. 185-190. e-ISSN:2254-8726



Iris Rodríguez Alcaide.

Madrid, 7 de julio de 2014.

**Antonio Terrasa Lozano** (Palma de Mallorca, 1975) es Licenciado en Filosofía y Letras, especialidad Historia, por la Universidad de las Islas Baleares. En 2002 realizó cursos de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, donde obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados el año siguiente tras presentar su tesina sobre las empresas económicas del IV Duque de Pastrana. En 2009 se doctoró en el programa de Historia y Civilización en el Instituto Universitario Europeo de Florencia con una tesis sobre nobleza y pleito intrafamiliar. Desde 2010 es investigador del CIDEHUS (Centro Interdisciplinar de História, Culturas e Sociedades) en la Universidad de Évora.

El pasado 26 de Febrero nuestro entrevistado participó en el Ciclo de Conferencias “En el taller del historiador: Experiencias de investigación

de modernistas” organizado por el Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid con la ponencia “Intentar ser historiador en tiempos de precariedad”. Las interesantes reflexiones que aportó entonces sobre los inicios en la investigación histórica dentro del poco halagüeño panorama de los últimos años nos han motivado a dedicarle la entrevista del presente número.

**Pregunta: Buenos días, Antonio. Para empezar, como primer entrevistado en esta especialidad para nuestra revista, me veo obligada a pedirle que haga un poco de “publicidad” de nuestro campo de estudio común, la Historia Moderna. En su caso personal, ¿qué cuestiones o preguntas iniciales le llevaron a interesarse por este periodo histórico en concreto?**

Antonio Terrasa: Buenos días. Y muchísimas gracias por haber pensado en

mí para ser el primer modernista entrevistado, es un honor abrumador, de verdad. En cuanto a su primera pregunta, como todas las buenas, es difícil de contestar. O, más bien, obliga a hilar fino en la respuesta para ser lo más fiel posible a lo que creo que es la verdad. En realidad fue antes mi interés por la historia moderna que las preguntas o cuestiones que le he planteado después. Creo que todas las inclinaciones vocacionales tienen un punto de irracionalidad que resultan difíciles de explicar. Y además están profundamente enraizadas en la infancia. Desde que tengo memoria, desde que desperté a la lectura, me ha gustado, me ha atraído la historia y, dentro de ella, la historia moderna. Cuando era pequeño mi abuela, quién sabe por qué, decidió comprarnos por fascículos a mi primo y a mí, que éramos sus nietos mayores, la historia de España de Salvat, que era una actualización de la del marqués de Lozoya (que ya les había también comprado a mi madre y a mis tíos). Yo no tenía ni diez años, tenía poca paciencia para leer muchos de aquellos textos, pero podía pasarme horas mirando los retratos de Sánchez Coello y de Velázquez con el mismo gusto con que leía las aventuras de Astérix y Obélix. Eso no se puede explicar, simplemente era así, son inclinaciones del alma, supongo. Pero esto sin duda determinó que al llegar el momento de elegir una carrera optara por la historia y que luego, avanzando en ella, me convirtiera en modernista. Fue entonces cuando llegaron las cuestiones por las que me pregunta. Pero fue antes el interés por el periodo que las preguntas. El interés vocacional por la historia

moderna me condujo a las preguntas, a los problemas que me interesan de la historia moderna. Primero viene la pasión, luego ésta se ordena, uno aprende y descubre que la historia moderna es todavía más interesante de lo que pensaba y que va más allá de su poder evocador. Entonces uno aprende que tiene que hacer preguntas a la historia y, cuando esto sucede, comienza a ser un historiador. Y la historia moderna es perfecta para ser interrogada con preguntas interesantes —ya he llegado por fin a la “publicidad”, descarada, de la modernidad que me pedía—. Por ejemplo, desde nuestro presente se supone que dejamos atrás el Antiguo Régimen para construir un mundo más justo, igualitario, libre y solidario. Para ello desde la Ilustración comenzó un proceso de demonización de la modernidad que, en muchos sentidos y en muchos ámbitos, se mantiene aún. ¿Cómo no va a ser interesantísimo plantear cuestiones al mundo moderno cuyas respuestas nos ayuden a determinar si era tan diferente aquel mundo del nuestro, en qué era distinto y en qué no o, todavía más apasionante, si es verdad que las revoluciones liberales acabaron realmente con él?

**P: En su intervención del pasado mes de febrero insistió en todo momento en la palabra *improvisación*: si ejercer como historiador/a conlleva vivir en un estado permanente de la misma, ¿por qué emprender hoy día, a su juicio, un paso tan decisivo como sería el doctorado? ¿Qué tipo de orientación recibió usted en su día?**

AT: Yo creo que en la vida, en general, hay que improvisar, como en muchas ocasiones

han de hacerlo los actores en el teatro. Uno tiene un guión en la cabeza, una idea de lo que cree que será su vida, pero luego esta va por donde quiere y debemos estar atentos para adaptarnos a las circunstancias o para adaptar las circunstancias a nuestra voluntad cuando eso sea posible. En este sentido, creo que lo más importante a la hora de decidir emprender el doctorado es hacer un profundo examen de conciencia y, si uno siente que es su vocación, ¡adelante! Pero esa decisión se tiene que tomar con realismo y siendo consciente de que ese es un camino duro, difícil y que exigirá renuncias y sacrificios. Entre las muchas cosas que le agradezco a mi maestra, Carmen Sanz Ayán, están las palabras que me dijo hace ya muchos años cuando comenzamos a hablar de mi proyecto doctoral: si seguía adelante aquello iba a ser un largo camino y no fácil precisamente. ¡Y faltaba entonces más de un lustro para el estallido de la crisis presente! Hablaban los antiguos de la *felicitate cum veritate*. La *veritate* es que el camino no es fácil. Pero, ¿alguno lo es? ¿Al menos alguno que valga la pena?

**P: Finalmente, pese a todas las dificultades, consiguió doctorarse en el programa de *Historia y Civilización* que ofrece un centro tan prestigioso como es el Instituto Universitario Europeo de Florencia. ¿Qué nos puede contar, a grandes rasgos, sobre aquella experiencia?**

AT: Sin duda fue una experiencia extraordinaria. Significó la oportunidad de vivir durante cuatro años en un ambiente académico internacional, entrar en contacto con muchas tradiciones historiográficas

y conocer a personas intelectualmente estimulantes, algunas de las cuales, y eso es lo más importante y valioso, se han convertido en amigas, en el sentido profundo del término. Pero en Florencia no sólo aprendí en términos intelectuales. Estamos hablando de un período de cuatro años, durante los que acabé la tesis; pero fueron también cuatro años de mi vida, los primeros que viví fuera de España. El aprendizaje personal también fue de un valor incalculable. Aprendí muchísimo sobre la condición humana, de sus miserias y de sus grandezas.

## “en la vida en general hay que improvisar”

**P: A partir de aquella tesis sobre la Casa de Silva y Pastrana, un libro maravilloso basado en la misma (publicado por Marcial Pons y el Centro de Estudios Europa Hispánica en 2012) y varios trabajos posteriores ha llegado a proponer un estudio *transnacional* de la nobleza del Antiguo Régimen. ¿Cuáles son, a su juicio, las aportaciones (y dificultades) que ofrece un planteamiento de este tipo?**

AT: En ningún caso he sido yo quien ha propuesto un estudio transnacional de la nobleza, eso es algo que han hecho antes que yo otros muchos historiadores. Me encontré con la historia transnacional en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, gracias a los talleres y seminarios a los que tuve ocasión de asistir. La historia transnacional cuenta con una larga tradición

anglosajona y quien estaba aplicándola al estudio de la nobleza de la Monarquía era mi co-director de tesis, Bartolomé Yun. Es evidente que por su composición, su historia, sus circunstancias políticas, las Casas de la nobleza de la Monarquía Católica eran transnacionales. Pero a mí me interesan más otras problemáticas para las que esta condición transnacional, internacional, transregnicola o como queramos llamarla es una circunstancia ineludible; pero no es el objeto *per se* de mis intereses como historiador, es una circunstancia, una variable a considerar, nada más.

**P: Usted ha tenido la oportunidad de estudiar e investigar en el seno de distintos sistemas académico-universitarios como los de España, Italia, Estados Unidos y, más recientemente, Portugal. A partir de esta visión de conjunto que ha podido adquirir, ¿qué es lo que más le ha aportado positivamente cada modelo?**

AT: Resulta a veces difícil, pasado el tiempo, saber distinguir de dónde hemos tomado cada una de las cosas que a la larga nos influyen y nos constituyen. Normalmente lo que nos determina, más que las características positivas de uno u otro modelo académico, son las ideas y las personas excepcionales que, aun siendo hijas de estos modelos, los trascienden. Pero por responder a la pregunta, sin duda en mi formación es fundamental el modelo español. Me licencié en una universidad española y me inicié en la investigación en otra; así que soy hijo, para lo bueno y para lo malo, en buena medida, de la universidad española. Desconozco el modelo

italiano porque el EUI representa más, en realidad, el modelo anglosajón, del que me parecen admirables la importancia radical que se da a la problematización de cualquier investigación, de considerar que solo se está haciendo historia cuando se pretende contestar a una o varias preguntas. Y la capacidad para concebir proyectos e investigaciones a lo grande, sin miedo a los límites marcados por tendencias historiográficas o paradigmas. Primero, pensar en grande. Si uno va más allá de lo razonable ya llegarán luego las críticas despiadadas, aunque educadas y normalmente constructivas. Del modelo portugués admiro su apertura natural a otras historiografías.

**“Si una cosa tienen los buenos historiadores es imaginación, que hay que poner al servicio de uno mismo de vez en cuando para abrir caminos y, cuando no los veamos, para inventarlos”**

**P: En consonancia con las originalidades historiográficas que practica, salta a la vista en el conjunto de sus trabajos un estilo más literario al que la narración histórica nos tiene tradicionalmente acostumbrados. ¿Cuándo tomó conciencia de la necesidad de ese cambio, de su importancia para la disciplina? ¿La prosa de qué autores/as, si así ha sido el caso, le han inspirado?**

AT: ¿Originalidades historiográficas? No me reconozco en eso, suena muy postmoderno, demasiado para mí y lo que hago. En cuanto a lo que llama estilo literario, yo creo firmemente que lo mínimo que se puede pedir a un historiador (y a cualquier persona que por su profesión se dirige por escrito o por cualquier medio a la sociedad, alguien que en mayor o menor grado habla en el espacio público) es que escriba bien, que sea competente en el idioma en el que se expresa. Pensamos, discutimos y nos comunicamos con un idioma que debemos dominar. Y que debemos usar haciendo justicia a su potencial belleza. El estilo literario que usted menciona a veces se me ha criticado, como si el escribir o el intentar escribir con cierto estilo fuera, por sí mismo, un demérito científico. Yo creo que lo criticable es lo contrario, el que nos acostumbremos a leer artículos y libros mal escritos. Leer un artículo mal escrito o ilegible de puro árido parece aceptable mientras que lo que huele a “estilo literario” es sospechoso de poco científico. A mí me resulta más chocante, por ejemplo, que se considere que son ciencia social textos que más parecen inventarios notariales que otra

cosa mientras se considera poco científico el vocabulario usado en otros que, tal vez escritos en un estilo demasiado literario, al menos, hacen el esfuerzo de problematizar un caso de estudio, desarrollar una explicación del mismo e intentar transmitirlo de la forma más placentera posible para el lector. Creo que es mejor ganarse al lector con un estilo que deleite que simplificando. Usted dice que la narración histórica tradicionalmente no nos tiene acostumbrados a eso; no estoy de acuerdo con usted. Los grandes historiadores han sido grandes escritores. Hay muchos ejemplos.

**P: Ahora que quizá más que nunca nos enfrentamos al recorte de becas tanto para estudiar como para investigar, al descenso de la financiación a los proyectos o la escasa renovación de los puestos docentes, ¿es lo más sensato emprender una carrera dentro del ámbito universitario? ¿Realmente hay vida fuera de la universidad, como se nos vende con tanta frecuencia hoy día a los futuros historiadores/as?**

AT: Son tiempos duros, difíciles, pero como lo han sido todos. La vida es una guerra y hay que dar la batalla, pero por supuesto, las batallas que queramos dar. Si alguien siente que su vocación y su felicidad estarán en una carrera universitaria, adelante, el que sea sensato o no es irrelevante. ¿Hay vida fuera de la universidad? Por supuesto. Si una cosa tienen los buenos historiadores es imaginación, que hay que poner al servicio de uno mismo de vez en cuando para abrir caminos y, cuando no los veamos, para inventarlos.

**P: Por último, me gustaría preguntarle por un interesante artículo que firmó a seis manos en 2011 en colaboración con otros autores titulado “Una tradición hispana de democracia local”. En ella argumentaban cómo el recurrir a las asambleas locales de movimientos sociales actuales como el 15-M, Toma la plaza, Occupy, etc., se arraiga en una fuerte tradición hispana de republicanismo participativo que se habría mantenido desde la Edad Media. En este sentido, ¿cree que nuestra labor como historiadores/as tiene un valor “social”, entendido como un análisis crítico sobre los acontecimientos contemporáneos?**

AT: No sé si todas las cosas que se investigan y se publican tienen valor social, pero deberían tenerlo siempre. Los historiadores siempre preguntamos al pasado desde nuestro presente, por eso se dice que cada generación ha de escribir de nuevo la historia, desde sus circunstancias políticas, sociales, económicas, desde sus anhelos y sus inquietudes. Todo lo que le preguntamos al pasado se lo preguntamos siempre a la vez al presente y desde el presente. Y ese preguntar y el consiguiente responder han de ser críticos porque, hagamos historia antigua, medieval, moderna o contemporánea —si me perdona la convención—, siempre perseguimos entender el presente para algo: cambiarlo, legitimarlo, denunciarlo, reformarlo. Por eso no es que debamos ser críticos, es que estamos condenados a serlo.